



"La libertad", Madrid 7-2
1924

Ultima aventura de Don Quijote RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo II

La sepultura de Mahán

En estos días me llegan acá, a esta isla afortunada—y lo es de veras, pues no hay en ella ni «cine» ni equipo de «football»—voces amigas que me recuerdan mi «Vida de Don Quijote y Sancho», mis comentarios de pasión a la pasión de Nuestro Señor el Ingenioso Hidalgo. Voces de fuera de España... De fuera de España, no, pues que son de pueblos de limpia habla española, del habla con que Colón, fuese de donde fuese, descubrió el Nuevo Mundo, del habla en que sonó «¡Tierra!», frente a las costas de la española. Y otras voces me llegan de otras tierras, de la noble Italia, en cuya lengua corre, años hace, aquel mi comentario, de la noble Italia de Colón. Y perdonen los gallegos que aún se obstinan en sostener que es patriotismo, ni de la chica ni de la grande, mantener supercherías. Porque ninguna patria, ni chica ni grande, se tiene en dignidad sino bajo el pabellón de la patria del alma inmortal. Y la patria del alma inmortal es la verdad. A tal punto, que no hay, que no puede haber mentira patriótica.

Don Quijote, que dicen que era loco, pero nadie ha osado sostener que fuera tonto, odió la mentira. Y, sin embargo, cuando aquello de la cueva de Montesinos... Pero es que sin esto Don Quijote sería divino, sería un dios. Y aquello de la cueva de Montesinos, ¿fué mentira? ¿O no fué más bien que quiso crear su verdad?

Ahora empiezo a averiguar las mifísticas aventuras que corrió aquí, en esta sedienta isla —sedienta, ceñida de mar y con toldo de nubes!—, Don Quijote, a donde vino después de morir y antes de subir a los cielos. Vino a rescatar el alma del gigante Mahán, cuya sepultura estaba al pie de la montaña Cardones. Y vino en camello, pues Rocinante, que había muerto, no resucitó.

Dice don Gregorio Chil y Naranjo, en sus «Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias» (1876), que se decía que al pie de la montaña Cardones estaba la sepultura del gigante Mahán, que media veintidós pies de largo. Y el sabio—porque éste sí que era sabio, y concienzudo, lo que no quiere decir conciente—, el sabio señor Chil y Naranjo, «doctor en Medicina y Cirugía de la Facultad de París y licenciado de la de Cádiz; individuo de la Sociedad Económica de Amigos del País de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria; de la Protectora de Animales y Plantas de Cádiz; de la Comisión de Geografía Comercial; de las Sociedades de Aclimatación; de la Geográfica, de la Meteorológica y de la Americana, de París; correspondiente de las Sociedades Antropológica y Etnográfica de la misma ciudad y de la Academia de Estanislao, de Nancy; individuo del Congreso para el adelantamiento de las Ciencias, de Francia; del Americano, del Orientalista y del Antropológico, de Europa, etc., etc.»— y estos dos etcéteras quieren decir que no tenía más diplomas el modesto sabio oficial y oficioso—, el sabio doctor don Gregorio Chil y Naranjo

jo agregaba: «Yo no negaré que bien pudo existir una sepultura de esas dimensiones; pero de esto a que el esqueleto que allí yaciera hubiese alcanzado esa altura colosal, hay una enorme distancia, difícil de salvar, a menos que esos mismos historiadores—se refiere, entre otros, a los señores Abreu, Galindo y Marín y Cu-



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SALALES



bas—se hubiesen convencido de ello por el testimonio de su vista.» Esto sí que es de un sabio.

Pero vino Don Quijote, que no era un sabio—la sabiduría se la dejaba a Merlín—, vino montado en camello, y fué al pie de la montaña Cardones, pelada entonces como hoy lo está, y miró con los ojos de la cueva de Montesinos, ojos de lechuza o minervinos, de los que ven en lo oscuro y ciegan en lo claro; y, ¿qué vió? Pues vió que el esqueleto del gigante Mahán medía, en efecto, veintidós pies y aun más. La que no los medía era la sepultura. Esta era del tamaño ordinario de la de un majorero—majoreros son los de Fuerteventura—de nuestros tiempos de ahora. Y vió más Don Quijote, con sus ojos de la cueva de Montesinos: vió que toda esta isla maravillosa de Fuerteventura está formada por esqueletos de antiquísimos gigantes guanches, y que en los esqueletos, en las áridas osamentas de estos gigantes, están cavadas las sepulturas de los españoles que hoy duermen aquí, brizados por este mar dormido, el dulce y sabroso y soporoso sueño sin despertar. Y vió Don Quijote cómo las ovejas lamían las piedras para sacarles la sangre de aquellos gigantes y cómo buscaban las raicillas de los yerbajos secos al pie de un triste tamahal, que es aquí algo como la retama que cantó Leopardi.

Y esta última e inédita aventura de Don Quijote, esta su aventura de ultratumba, es la que tengo que contar. Mas antes digamos algo de don Pedro Fernández de Saavedra, primer señor de Fuerteventura.

MIGUEL DE UNAMUNO

Puerto de Cabras, y Abril de 1924.

(De *La Libertad*.)

